

John E. Englekirk

El “descubrimiento” de la novela mexicana “Los de Abajo”



A novela desempeña un papel relativamente sin importancia en el desarrollo de las letras españolas del siglo XIX. Versos patrióticos y prosa combativa fueron los productos inevitables de la prolongada lucha por la independencia, primero contra España y luego contra la tiranía local. Opresión, revolución, destierro... Eso fué el curso normal de la vida en aquellos días turbulentos y caóticos, y pocos fueron los literatos que hallaron un sitio pacífico donde comulgar con su musa. Hechas las excepciones posibles de María, de Isaacs, y Comandá, de Mera, inspirados ambos grandemente en sus predecesores de una generación anterior, las más laudables obras en prosa del siglo aquel se inspiraron en un fogoso empeño por exponer y condenar las condiciones sociales y políticas existentes. Tenemos nada más que recordar obras como *El Periquillo Sarmiento*, de Lizardi; *el Facundo*, de Sarmiento; *Martín Rivas*, de Blest Gana y *Amalia*, de

Mármol, para darnos cuenta de que la perfección estética constituía la última preocupación de cada uno de esos escritores. Eran patriotas, desterrados políticos, ensayistas, panfletistas, más bien que noveladores. En el umbral del siglo, sin embargo, aparecieron en el horizonte literario jóvenes que iban a cultivar y enalzar la novela a la altura que tiene hoy en la literatura hispanoamericana. Argentina nos dió *La Maestra Normal*, de Manuel Gálvez; *Los Caranchos de «La Florida»*, de Benito Lynch y la obra clásica de la pampa, *Don Segundo Sombra*, de Güiraldes. Colombia puede contentarse con *La Vorágine*, la única novela de su infortunado hijo, José Eustasio Rivera. Venezuela señala con legítimo orgullo su *Doña Bárbara*, de Gallegos. Y México agrega a esta formidable lista de novelas representativas, impregnadas del espíritu del nuevo mundo español y gráficamente descriptivas de las maneras y costumbres de América hispana, su más potente obra de la revolución: *Los de Abajo*, de Azuela.

El éxito espectacular de esta obra concentró la atención mundial sobre su autor, y grande fué la general sorpresa al saber que Mariano Azuela era por profesión un modesto médico en funciones en uno de los barrios más pobres de la capital mexicana, y que no escribía sino en sus momentos desocupados, habiendo ya publicado buen número de obras en prosa. Se necesitaron reediciones de sus primeros libros, y se descubrió que había escrito varias excelentes novelas del México

revolucionado. Su *Mala Yerba*, publicada en Guadalajara años antes, era por muchos preferida a su popular *Los de Abajo*, y en 1932 fué traducida al inglés por Anita Brenner con el título de *Marcela* y más luego al francés por Mathilde Pomés que la tituló *Mauvaise Graine*. Deslumbrado e íntimamente satisfecho con la tardía gloria que alumbra sus años maduros, el retraído autor ahora se ve asediado de todas partes de la tierra con la solicitud de los derechos a futuras traducciones, nuevas traducciones y de información crítica sobre su vida y sus obras.

Si uno examina la bibliografía de *Los de Abajo* ⁽¹⁾ encuentra que dicha novela, publicada hace diez años, llamó la atención suficiente como para asegurarse nuevas ediciones. Ciertamente hubo dos ediciones antes de ello, las de 1917 y 1920, pero fueron limitadas y no alcanzaron a despertar interés amplio. Entonces sú-

(1) *Los de Abajo*, El Paso, Texas, en «*El Paso del Norte*», 1916; *Los de Abajo*, Tampico, en «*El Mundo*», 1917; *Los de Abajo*, México, en «*Razaster*», 1920; *Los de Abajo*, México, en «*El Universal Ilustrado*», 1925; *Los de Abajo*, Jalapa, en «*Ediciones del gobierno de Vera Cruz*», 1927; *Los de Abajo*, Madrid, en «*Biblos*», 1927; *Los de Abajo*, Madrid, en «*Biblos*», Colección «*Imagen*», 1927; *Los de Abajo*, Buenos Aires, en «*Vanguardia*», 1928; *Los de Abajo*, Madrid, Espasa Calpe, 1930; *Los de Abajo*, Santiago de Chile, en «*Zig-Zag*», 1930. Traducciones: *L'Ouragan*, by J. and J. Maurin, París, en «*Monde*», 1928; *The Under Dogs*, by E. Munguía, Junior, con prefacio de Carleton Beals, New York, Brentano's, 1929; *The Under Dogs*, by E. Munguía, junior, con prefacio de Carleton Beals, London, Jonathan Cape, 1930; *Ceux d'en bas*, por J. y J. Maurin, avec preface por Valéry Larband, París, J. O. Fourcade, 1930; *Die Rotte*, Giessen, Kind & Bucher Verlag, 1930; *Oni Sa Dna*, por el Dr. Zoran Ninie, Zagreb, Czechoslovakia, Obzor, 1933; (*Los de Abajo*) versión japonesa, por Tamiji Kitagawa, para el «*México Shimpo*».

bitamente—¡y maravilla de las maravillas!—El *Universal Ilustrado*, en enero de 1925, publicó la novela en cinco partes, publicación que fué seguida por lo menos de otras seis en el mundo de habla hispana y de traducciones en inglés, francés, alemán, japonés, serbio y por otras que luego seguirán en ruso, yiddish e italiano. ¿Cómo puede explicarse el repentino éxito de una novela que en diez años solamente había sido leída por un puñado de gente y cuyo autor era prácticamente desconocido en su propio país? ¿Qué es lo que indujo al comercial *El Universal Ilustrado* a publicar *Los de Abajo* en su popular *La Novela Semanal*? ¿Quién era responsable, y bajo cuáles circunstancias, del descubrimiento del más sobresaliente novelista de la revolución mexicana? ¿A quién se debía, y no en pequeña parte, la fama que corona los años maduros del escritor Mariano Azuela?

Carleton Beals, en el prefacio de la traducción inglesa por E. Munguía, junior, (New York, 1929), no trata de explicar por qué *Los de Abajo* «repentinamente atrajo la atención de todo el mundo de habla hispana, diez años después que por primera vez se publicara»; pero agrega que cuando ello sucedió «los literatos mexicanos se miraron sorprendidos». Si al señor Beals se le puede perdonar la facilidad para errar matemáticamente al decir «diez años más tarde que por primera vez se publicara», en cambio no puede pasarse por alto su afirmación de que los hombres de letras de México estuviesen enteramente ignorantes de la exis-

tencia de Azuela y de su novela. Los literatos mexicanos no se sorprendieron cuando la obra de Azuela ocupó el sitio que le correspondía entre las grandes obras en prosa de América hispana. Aproximadamente tres años después de la fecha dada por Beals, Azuela fué reconocido en general como el mayor novelista de México, y *Los de Abajo* fué saludada como «la gran sensación literaria del momento». A este hecho interesante puede atribuirse en su mayor parte la reputación de que Azuela ahora disfruta.

Hacia fines de 1924 los literatos empezaron a preguntarse qué era lo que ellos habían realizado en poesía, drama y novela que pudiese quedar como expresión de la época. Una de las más importantes polémicas de esos días fué la que apareció bajo la forma de artículo, por José Corral Rigán ⁽¹⁾, *La Influencia de la revolución en nuestra literatura* ⁽²⁾. Decididamente el autor conocía muy poco acerca de Azuela y mucho menos acerca de sus obras. Hace la siguiente declaración: «Los escritores de la revolución no son los que estuvieron con la revolución». Y substantiando su criterio agrega: «La revolución tiene un gran pintor: Diego Rivera. Un gran poeta: Maples Arce. Un futuro gran novelista: Mariano Azuela, cuando escriba la novela de la revolución» ⁽³⁾. ¡A pe-

(1) Francisco Monterde García Icazbalceta me informa que José Corral Rigán fué un seudónimo usado alternativamente por tres periodistas de ese período: Ortega, Carlos Noriega Hope y Arqueles Vela.

(2) *El Universal Ilustrado*, 20 de noviembre de 1924.

(3) La cursiva es mía. (El autor).

sar de estos dos meses antes, *Los de Abajo* había sido proclamada el mayor hecho literario de la revolución!

Sin embargo, no fué sino un mes más tarde que iba a ser lanzado el verdadero desafío por la joven generación de escritores, y por nada menos que uno de los más prometedores del grupo. Julio Jiménez Rueda no escatimaba los términos en el artículo que entregó a *El Universal* el 20 de diciembre de 1924, titulado «El afeminamiento en la literatura mexicana». Después de puntualizar lo que todos saben: «que nuestra vida intelectual ha sido siempre artificial y vana», agrega que, sin embargo, los escritores anteriores, y que fueron, sucesivamente, parnasianos, simbolistas y naturalistas, al menos tenían chispazos de genio, pasiones turbulentas, aciertos indudables y frecuentes y ponían en la obra un no sé qué: gracia, comprensión de la naturaleza circundante, amor, elegancia, pensamiento original, que la distinguía del modelo que imitaba... Pero hoy... hasta el tipo del hombre que piensa ha degenerado. Ya no somos gallardos, altivos, toscos... Es que ahora suele encontrarse el éxito, más que en los puntos de la pluma en las complicadas artes del tocador». Lamenta que en los años venideros, los que estudien la literatura contemporánea mexicana, tendrán el sentimiento de hallarse frente a «un simpático bordado rococo». ¡Y se queja de que sea «eso en tiempos en que la tragedia ha soplado tan de cerca!». ¿Por qué el México nuevo no encuentra expresión en la literatura actual? ¿Por qué los literatos

mexicanos continúan escribiendo encerrados en sus torres de marfil? ¿Por qué ellos no han creado, como los escritores de Rusia revolucionaria «una obra de combate» en que México aparezca «agitada, revuelta, en plena locura creadora, en acción constante, pueblo de perfiles netos, colorido, brillante y trágico, masculino en toda la acepción de la palabra»? Cuán extraño es que en quince años de lucha revolucionaria «no haya aparecido la obra poética, narrativa o trágica que sea compendio y cifra de las agitaciones del pueblo en todo ese período de cruenta guerra civil, apasionada pugna de intereses... El pueblo ha arrastrado su miseria ante nosotros sin merecer tan siquiera un breve instante de contemplación».

No podía esperarse que tan punzante ataque y un cuadro tan desconsolado y pesimista de la literatura contemporánea y sus escritores, quedase desatendido. A pesar de una muy aparente inclinación hacia el pasado literario de España y México, posiblemente Julio Jiménez Rueda no habría podido mantener largo tiempo una visión tan poco favorable a la literatura de hace una década. Probablemente presentaba la cosa con tonalidades tan sombrías para que ella sirviese de acicate y estímulo a los mismos escritores y creara un álgido interés entre el público. Si tal fué su deseo secreto, lo consiguió más allá de todas sus esperanzas, pues proporcionó el punto de partida para una refriega literaria que duró varios meses y cuyo fruto, el menor, fué el descubrimiento de Azuela y de su más conocida novela.

La chispa fué suministrada por un joven colega de Jiménez Rueda, que al principio esperó pacientemente que alguien respondiera al reto que al final no pudo contenerse de afirmar con resolución «ante el público de México y de la América de habla española, que existe en la actualidad una literatura mexicana viril que sólo necesita, para ser conocida por todos, de una difusión efectiva» (1).

Francisco Monterde G. I. estaba de acuerdo con Jiménez Rueda «en que faltan literatos de renombre»; pero discute: «eso se debe, principalmente, a la falta paralela de críticos», declaración esta última que ha originado cáusticos comentarios de la pluma de Victoriano Salado Alvarez, que ingeniosamente interpreta la afirmación «la falta de literatos se debe a la falta de críticos» (2). Sin embargo, Monterde demuestra, cumplidamente, su punto de vista, citando el caso de Mariano Azuela: «Podría señalar entre los novelistas apenas conocidos — y que merecen serlo — a Mariano Azuela. Quien busque el reflejo fiel de la hoguera de nuestras últimas revoluciones tiene que acudir a sus páginas. Por *Los de Abajo* y otras novelas, puede figurar a la cabeza de esos escritores mal conocidos, por deficiencias editoriales — él mismo edita sus obras en imprentas económicas, para obsequiarlas —, que serían

(1) Francisco Monterde G. I., «¿Existe una literatura mexicana viril?», *El Universal*, diciembre 25 de 1924.

(2) «¿Existe una literatura mexicana moderna?». *Excelsior*, 12 de enero de 1925.

populares y renombrados si sus obras se hallaran, bien impresas, en ediciones modernas, en todas las librerías, y convenientemente administradas por agentes, en los Estados. ¿Quién conoce a Mariano Azuela, fuera de unos cuantos literatos, amigos suyos? Y, sin embargo, es el novelista mexicano de la revolución, el que echa de menos Jiménez Rueda, en la primera parte de su artículo».

De este modo la novela *Los de Abajo* y el nombre de Mariano Azuela fueron objeto, por primera vez, de la atención de un público mexicano aficionado a leer. Y la polémica literaria, que pronto tuvo adeptos en todas sus zonas sirvió, admirablemente, para mantener fijos los ojos sobre «el novelista mexicano de la revolución».

Con ella, Victoriano Salado Alvarez entraba a formar parte de los de *Excelsior* y salía en defensa de Jiménez Rueda, asegurando que «no hay literatura nueva y que la que hay no es mexicana... y a veces ni siquiera literatura». ⁽¹⁾ Más importante, sin embargo, es su definida contribución en el mantenimiento del interés público hacia *Los de Abajo*, declarando que, aunque había leído varias narraciones cortas de Azuela, nunca había leído la novela citada por Monterde, la cual, agrega, «según parece, es una curiosidad bibliográfica». Allega leña a la hoguera reprochando a su adversario con la siguiente finta: «Soste-

(1) *Ibid.*

ner que no hay literatos porque no hay críticos, sería lo mismo que sostener el que los niños nazcan sin pies a que no hay zapateros como Herman, que calcen con todo primor a los infantes».

A lo cual Monterde replica que, cuando él hablaba de la penuria de buenos críticos y a la necesidad de una crítica vital, se refería a «los literatos de renombre... los escritores cuya fama... de existir entre nosotros una crítica positiva y eficiente... sería continental y tal vez mundial», ⁽¹⁾ añadiendo que ello debíase al mismo hecho: «críticos en receso, críticos apartados de una actividad constante», de tal modo que una novela bien escrita como *Los de Abajo* puede pasar inadvertida aun para personas tan ilustradas como don Victoriano Salado Alvarez». En otro artículo, pero con humor menos pesimista para contemplar la literatura contemporánea, Julio Jiménez Rueda confiesa que ahora sabe que Azuela ha escrito una novela representativa de este lapso de agitación política y que solamente conocen sus familiares y amigos» ⁽²⁾.

«El Universal Ilustrado», según sus propias palabras, «el único semanario nacional capaz de preocuparse periodísticamente por las más altas cuestiones del momento», rápidamente apreció la interesante polémica sostenida en los diarios matinales por tres hombres de

(1) «Críticos en receso y escritores «desesperanzados», *El Universal*, enero 13 de 1925.

(2) «La decadencia de la literatura mexicana», *El Universal*, enero 17 de 1925.

letras prominentes de la capital. En sus ediciones del 22 y del 29 de enero echa su cuarto a espada con la encuesta: ¿«Existe una literatura mexicana moderna?», incluyendo las respuestas de figuras tan conocidas como Federico Gamboa, Salvador Novo, Enrique González Martínez, José Vasconcelos y otros. Y, por supuesto, traen a tema al recién descubierto novelista al discutir sus puntos de vista. La respuesta de Azuela no puede ser más apropiada, tanto respecto al punto inmediato en discusión como retrospectivamente respecto a los que desconocían su obra. Limita, simplemente, su punto refiriéndose a un artículo que había él mismo publicado ocho o nueve años antes, en respuesta a una cuestión suscitada por el Secretario de Educación concerniente al futuro de la novela mexicana: Escribía en cierta parte: Por lo que se refiere al porvenir de la novela mexicana, poco hay que esperar de los literatos de profesión. ¿Qué saben ellos de esas enormes palpitaciones del alma nacional que están sacudiendo en estos mismos instantes a nuestra raza? ¿Acaso no es en los momentos de suprema angustia, cuando el alma del pueblo está empapada en lágrimas y chorreando sangre todavía, cuando nuestras lumbreras literarias escriben libros que se llaman Senderos ocultos, La hora del Ticiano, El libro del loco amor?»

Tal era el cargo principal que expresaba contra la vieja guardia de escritores, uno que pertenecía tanto a la antigua como a la nueva. Luego, y con términos igualmente convincentes—y esto fué escrito hace una

década antes—indirectamente invita a esos escritores a examinar sus propias novelas de la revolución:

«En la estepa de la Rusia se irguió el paria de gesto airado y de voz de trueno, que dijera todas las angustias y todos los dolores de su patria. De la gleba mexicana se alzaré, así lo esperamos, así lo deseamos, el que venga a desgarrar nuestros oídos, con su grito henchido de todas las angustias, de todos los anhelos, de todas las alegrías de nuestra raza. Y entonces, hasta entonces tendremos el libro ansiosamente esperado, el que nos arrebatemos de las manos para sentir el golpe de maza que anonade, el bisturí que abra sin piedad las carnes, el cauterio que las carbonice; el libro que llegue hasta los más recónditos lugares de nuestro suelo, como las novelas de Emilio Zola, en Francia, y las de León Tolstoi en Rusia. Y será nuestro libro: sangre de nuestra sangre y carne de nuestra carne»⁽¹⁰⁾.

No había transcurrido una semana desde que Monterde publicara su memorable artículo, en diciembre 25 de 1924, en que preguntaba cuántos habían leído la obra de Azuela, cuando los demás escritores descubrieron que habían tenido olvidada una potente novela. Como simple ejemplo del creciente reconocimiento de Azuela, está el caso de Rafael López que, discutiendo la novela en 1925, comenta: «Recuerdo un esfuerzo serio, bien apuntado, pero reducido a 200 ejemplares para los amigos, por la pobreza de nuestro medio: el

(10) «¿Existe una literatura mexicana moderna?», *El Universal Ilustrado*, enero 22 de 1925.

de Mariano Azuela en *Los de Abajo*, lo más interesante de diez años a la fecha».

Tan inmediata y amplia fué la demanda popular por *Los de Abajo*, que «El Universal Ilustrado» no perdió tiempo en dejar pasar la oportunidad propicia para otro golpe de estado periodístico, publicando la novela en sus series semanales. Sin anuncio previo, repentinamente, apareció en el número del 22 de enero del magazine un aviso a toda página anunciando la publicación de *Los de Abajo*, «la gran sensación literaria del momento», en su próximo número. Al día siguiente dicho diario anunciaba lo mismo casi en cada página. Cuatro días más tarde el aviso decía:

«*Los de Abajo* — una creación palpitante de nuestra vida — «El Universal» ofrece la única novela de la Revolución». Y lo ilustraba con el dibujo que iba a ser la faja en la edición de la *Novela Semanal*. La columna editorial — «La flecha en el blanco» — de *El Universal* dedicaba un breve examen y crítica a la novela del día que apareció en el suplemento literario. El semanario no se olvidó tampoco de meritar debidamente a su joven colaborador, Francisco Monterde, por haber defendido «la personalidad del ignorado médico de provincia, verdadero novelista», no vacilando en añadir que, dada la invencible curiosidad suscitada por la polémica, «entre el público selecto de México por conocer la obra... *El Universal Ilustrado*, que vigila atentamente el desenvolvimiento artístico del país, fué quien se propuso, contra viento

y marea, mostrar a la nación la figura interesante del doctor Azuela».

En resumen, así fué como *Los de Abajo* llegó pronto a situarse en prominencia continental e internacional. Y de la noche a la mañana todo México quiso conocer quién era este poderoso y penetrante novelista, cuyo nombre y obras eran relativamente desconocidos. Luego vinieron las entrevistas de la prensa. Ortega fué el primero en encabezarlas en el *Universal*, publicando su artículo «Azuela dijo...» con una fotografía del novelista, en la edición del 29 de enero, el día que la edición de *Los de Abajo* era ofrecida al público. El desafío de Monterde a los «críticos en receso» atrajo la primera revisión crítica seria por la pluma de Eduardo Colín, considerado por el primero como «uno de los mejores críticos de la actual generación». Tres días más tarde el mismo diario publicaba «Los de arriba» y «Los de abajo», por Monterde, artículo en que modestamente reclama para sí solo el galardón por haber descubierto una obra que desde luego él consideró que por su propio mérito y positivo valor literario iba a ser reconocida tarde o temprano. Pasa revista a los resultados de la disputa literaria y llama a cuenta a Victoriano Salado Alvarez por haber llamado *Los de Abajo* «una curiosidad bibliográfica». ⁽¹⁾ Entonces, y es bien raro, Salado Alvarez entre-

(1) Monterde desapruueba este cargo citando su propio interés, profundo en los *Cuadros y Escenas de la Revolución Mexicana*, de Azuela, desde su primera lectura en 1920 y sus incansables esfuerzos por llamar la aten-

vista a Mariano Azuela, a quien hasta entonces sólo conocía «mediante cartas», y publica en la edición del 4 de febrero de *El Excelsior* un artículo sobre *Las obras del doctor Azuela*. Es una curiosa mezcla de reservados elogios y de asombro por no haber proclamado las «dotes indudables de novelista» de Azuela, y de triviales censuras, como cuando, después de admitir que las escenas del novelista de la vida ranchera en Cañón y sus descripciones de Mayahua y Tuchipila «están chorreando realidad y vida», escribe: «Sus obras no están bien escritas; no sólo tienen concordancias gallegas, inútiles repeticiones, faltas garrafales de estilo, sino que carecen hasta de ortografía, de la ortografía elemental que se aprende en tercer año de primaria».

Azuela fué pronto defendido por el editor de *El Universal Ilustrado*, Carlos Noriega Hope, que atacó esta «crítica del punto y coma» del «dómine pedante», comparando a Azuela, toute propor-

ción de los críticos hacia *Los de Abajo* y otras obras de Azuela. En la época de su descubrimiento personal de la citada novela; Monterde pertenecía a la redacción de *Biblos*, un boletín semanal de bibliografía publicado por la Biblioteca Nacional. En la edición de febrero 28 de 1920 de *Biblos*, aparece la primera revista crítica de *Los de Abajo* por Monterde, y en los meses siguientes da una lista completa de las publicaciones de Azuela. Más tarde, como editor de *Antena*, Monterde pidió y publicó, en octubre de 1924, un breve artículo por el novelista, titulado «Y últimamente».

(Nota del traductor: Si este término no es algún barbarismo o contorsión verbal criollista, debe ser un error de Englekirk, ya que lo lógico del título debería ser: *últimamente*).

tion gardée con el «vasco doctor de «Las Inquietudes de Shanti Andia» (1).

De esta manera Azuela y su novela continuaron siendo el blanco de la polémica, empezada en diciembre de 1924, refiriéndose a ella en muchos artículos sobre el tenor de: «¿Existe una literatura mexicana moderna?» siguieron apareciendo en la prensa de la capital hasta abril de 1925 (2). Ahora se consulta la opinión de Azuela acerca de cualquier tema considerado digno de publicación. El actualista *Universal Ilustrado* envió a Jorge Loyo a que entrevistara al médico autor para que dijera cómo y con qué escribe (3); en julio lo abordó Aldebarán, del mismo semanario, para sonsacarle: «¿Existen autores teatrales en México?» (4) y varios meses más tarde para que Azuela diese su opinión acerca del más importante asunto del día... el cabello ondulado! (5).

Mucho más significantes, tratándose del reconoci-

(1) «Los de Abajo».—El doctor Mariano Azuela y la crítica del *Punto y Coma*. *El Universal*, 10 de febrero de 1925.

(2) Cf. Manuel Martínez Veládez: «¿Existe una literatura mexicana moderna?». *El Universal Ilustrado*, 2 de abril de 1925.

(3) «¿Con qué escriben nuestros escritores?», *ibid.*, 11 de junio de 1925.

(4) *Ibid.*, 2 de julio de 1925.

(5) «Nuevos conceptos sobre el ultra pelonismo», *ibid.*, octubre 8 de 1925.

(Igualmente me parece que el autor de este artículo padece un pequeño error. *Pelonismo* tiene que ver con los calves, en ningún caso con el cabello ondulado de las damas. Y el vocablo, matizado con lo de ultra, o ultranza, debe tener en México un significado satírico que no alcanza a penetrar Englekirk.—El Traductor).

miento tardío y la popularidad ganada por Azuela a los 53 años de vida, son los comentarios y apreciaciones críticas de otras obras que *Los de Abajo*, que aparecieron en esos meses iniciales de su triunfo. *Mal la Yerba* fué altamente comentada en la edición del 26 de febrero de *El Universal Ilustrado*, y *El Desquite* aparece en «La Novela Semanal» del mismo semanario, el 2 de julio de 1925. Varios fragmentos bien escogidos de *La Malhora* fueron seleccionados en «Las mejores páginas de los buenos libros» de *El Universal Ilustrado* del 8 de octubre de 1925. En todos estos tributos al talento de Azuela como novelista, se descubre como guía estimulante a Francisco Monterde.

El resto de la historia es bien conocido. Un vistazo a la bibliografía de *Los de Abajo* no revela enteramente todo lo de ese año ópimo de 1925, pero le conduce a uno a preguntar qué pasó y por qué se despertó tan justificable interés por las obras del Pirandello de México (1). Si por regla general las camorras literarias son casi siempre negativas en los resultados obtenidos, esta vez no fué así, como podemos verlo en ese interesante y proficuo grupo del trío Julio Jiménez Rueda y Victoriano Salado Alvarez (como querellantes) y Francisco Monterde G. I., como defensor. El versátil descendiente de una familia ilustre

(1) Pirandello fué «descubierto» solamente después de varios años de desconocimiento y cuando ya tenía a su haber un notable repertorio de obras teatrales «nuevas».

en los anales de la literatura mexicana, ha ganado la batalla, y el menor de sus premios es la sonrisa de satisfacción que le inundará al instalarse en su escritorio de la Secretaría de Educación Pública y advertir con alegría pura el creciente éxito de la novela, ahora famosa universalmente, de su amigo Mariano Azuela.

(Traducción de N e f t a l i A g r e l l a).

Univ. de Nuevo México.

N. de la R.—Nuestro colaborador Ernesto Montenegro publicó en la sección literaria dominical del diario «New York Herald Tribune», un estudio sobre Azuela y su obra «Los de Abajo», el 14 de octubre de 1928. El editor neoyorkino Knopf tomó conocimiento de este artículo y encargó la traducción de la novela.